

DANIEL LACALLE

Sobre los trabajadores intelectuales



Biblioteca Virtual
Omegalfa
2019

«El elemento inteligente que ha de contribuir poderosamente a la difusión de la doctrina redentora del Socialismo entre la clase obrera está representado en gran parte por los hombres que se consagran al trabajo intelectual. La ilusión mentida de que los hombres científicos tienen intereses armónicos con los del capital no puede durar. En la gran lucha de clases, su puesto está en las filas de los trabajadores...»

«Mas lo que no pueda para la generalidad el espíritu de independencia lo conseguirá la misma fatalidad de aquellas resoluciones económicas. La producción científica sigue, aunque de lejos, una marcha paralela a las demás formas de producción; cada vez excede en mayor grado a las necesidades de la clase capitalista; el número de los obreros intelectuales aumenta sin cesar; la posibilidad de trabajo se hace cada vez más infrecuente; la incontrastable ley de la necesidad ha de arrojar, por lo tanto, la masa de hombres de trabajo intelectual al campo revolucionario en busca de una producción científica más amplia, segura y siempre creciente en el régimen colectivista»,

Jaime Vera,

1884.

«El Partido Comunista de España estima que la vieja fórmula de la *alianza de los obreros y los campesinos* ya no expresa cabalmente la composición del bloque de fuerzas sociales a las que corresponde ser el motor de la Revolución Socialista y por eso ha elaborado la tesis de la *alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura*, que presupone aquélla e incluye la nueva fuerza intelectual».

Manifiesto Programa del PCE, 1974.

Introducción

El interés del marxismo en el problema de la aportación que el trabajador intelectual puede hacer, y en el papel que puede jugar, en la transformación revolucionaria de la sociedad es tan viejo como el propio marxismo; a esta problemática no ha sido ajeno el marxismo español, y de su interés en ella son una muestra las citas que abren este trabajo.

Lo que aquí se pretende es contribuir, en la medida de lo posible, a sentar unas bases de discusión en torno a esa cuestión tal y como se da en la sociedad del capitalismo maduro, para poder ver cuál es la función que esos trabajadores intelectuales (las fuerzas de la cultura de las que habla el PCE) están en condiciones de llevar a cabo en un cambio democrático y socialista de esa sociedad.

Para ello, y partiendo siempre del carácter general que este trabajo posee, dividiré la argumentación en cuatro bloques: en el primero trataré algunas cuestiones básicas sobre la conceptualización de trabajo y cultura ; en el segundo veré algunos de los enfoques dados por los clásicos del marxismo en sus análisis de las relaciones intelectual-movimiento obrero; en el tercero me detendrá en un intento de caracterización de los trabajadores intelectuales, quiénes pueden ser así catalogados y cuáles son sus actuales rasgos básicos ; y en el cuarto expondré cómo puede iniciarse una tipología de esos trabajadores tendente a una mejor comprensión del problema fundamental que aquí interesa, el de sus relaciones con el movimiento obrero.

Sobre el trabajo y la cultura

Siguiendo a Bernal se puede definir la cultura, en un sentido más genérico y para una época y sociedad dadas, como el sistema de pensamiento y acción que es fundamentalmente aceptable a los hombres de esa época y esa sociedad.¹ Esta concepción de la cultura, tomada de la antropología, abarca todos los aspectos de la misma, y está dada, por lo tanto, desde una perspectiva global y omnicomprendensiva, que es la única correcta para entender y transformar la sociedad. La segunda gran ventaja de la definición, que es también indispensable a esa necesaria comprensión para la transformación, es su situación en el tiempo histórico y su localización en el espacio; es decir, la cultura es universal (o más bien universalizable) pero no abstracta, y por lo tanto se da en unas coordenadas espaciotemporales determinadas. Finalmente, la definición escogida permite comprender un hecho, sobre el que no me detendré en la exposición pero que es absolutamente necesario para el enmarque correcto de la misma: toda cultura es trabajo y todo trabajo es cultura.

Los intelectuales se relacionan de forma directa fundamentalmente con el sistema de pensamiento, y digo fundamentalmente porque parece evidente el que en parte estén también adscritos al sistema de acción ; por ello, cuando se parte de una concepción restringida de la cultura, de carácter elitista (y básicamente clasista), se identifica a ésta con los productos de este tipo de trabajadores. En esencia, al producirse en la sociedad esclavista la división del trabajo entre intelectual y manual ² lo que se dio,

¹ J. D. Bernal, «La libertad de la necesidad», Madrid, 1976, tomo I, p. 123.

² Ver, por ejemplo, la obra de los marxistas anglosajones especialistas en historia de la ciencia, y sobre todo, B. Farrington, «La ciencia griega»,

correlativamente y desde luego no de manera absoluta, fue la separación de los sistemas de pensamiento y acción; estas divisiones son consustanciales a las sociedades divididas en clases, y por lo tanto se han mantenido hasta nuestros días; en realidad son una de las piedras angulares de las relaciones de explotación entre hombre y hombre, y para su desaparición se requiere (condición necesaria, pero no suficiente) la liquidación previa de las clases, y por lo tanto la implantación del socialismo y el comunismo.

A partir del momento en que se produce esa separación, y hasta nuestros días, impera y se automantiene, tanto en el campo de la producción material (unos organizan, los detentadores de los medios de producción, otros trabajan físicamente, los que sólo poseen su fuerza de trabajo), como en el superestructural — ideología, religión, etc.— (en donde unos piensan y desarrollan, otros deben aceptar pasivamente) y en el campo de la violencia y la represión (unos la organizan y planifican, otros la llevan a cabo y/o la sufren).

Evidentemente, al nivel de abstracción en el que hasta el momento se está operando existe una correspondencia directa entre los tres primeros grupos, por un lado, y los tres segundos por el otro, pudiendo el conjunto considerarse como diferentes facetas de una sola realidad, diversos aspectos de la sociedad dividida en clases antagónicas. Pero, desde luego, al operar a ese nivel, que por su grado de abstracción desemboca en el maniqueísmo, es operar, lisa y llanamente, al nivel de *los principios elementales, que no pueden ser olvidados, pero que necesitan ser ampliados y analizados en detalle, en la concreción de los hechos reales, para que puedan servir como herramientas revolucionarias.*

Buenos Aires, 1957, «Mano y cerebro en la Grecia antigua», Madrid, 1974, S. Lilley, «Hombres, máquinas e historia», Madrid 1973 y J. D. Bernal, «Historia social de la ciencia», Tomo I, Barcelona, 1968.

Explicaré esto con un ejemplo lateral: la constatación de la existencia de las clases sociales y de la lucha entre ellas es imprescindible para la implementación de una teoría y una práctica revolucionarias; pero esta constatación, por sí sola y por mucho que se repita o por diferentes maneras en que se exponga, es incapaz de construir esa teoría y de fundamentar esa práctica.³ Para esto último es necesario un análisis que determine las clases antagónicas y las que no lo son, cuáles son las posibles formas y vías en que esa lucha de clases se realiza, cómo se relacionan las clases en el campo de la producción, las formas concretas de organización-dominación políticas, la influencia de la ideología y de la historia, etc., y todo ello en un marco dinámico (en el cual las propias clases y su estructura es cambiante) de evolución de la sociedad.

Entonces, volviendo al caso de la cultura (y sobre todo en el sentido restringido de producción intelectual) para romper esa desviación maniqueísta que se deriva de una aplicación rígida de los principios elementales, habría que matizar éstos con las tesis fundamentales del marxismo, ya que no se está partiendo de cero, sino de una labor teórica y práctica anterior nada despreciable.

La primera de esas tesis es que *la cultura dominante, en una sociedad dada y en una época determinada, es la cultura de la clase dominante*, y por lo tanto esta última no es la única existente. La segunda es que *la diferencia entre el carácter científico (universal) y el carácter ideológico (de utilización y manipulación clasista)* de las proposiciones y hechos culturales es una realidad a tener en cuenta en cada momento, y si bien es algo innegable que estas diferencias son difíciles de separar, también es cierto que existen de forma indiscutible.

³ En realidad, como reconocía el propio Marx, esa constatación no es suya, sino de la sociología e historiografía burguesas; es premarxista.

Conjuntamente con estas dos tesis fundamentales habría que tener en consideración otra de tipo más general, el hecho de que *en una sociedad contradictoria, todo (la ciencia, la técnica, la producción incluso) tiene un carácter contradictorio, positivo y negativo indistintamente, progresivo y regresivo a la vez.*

Todo lo anterior lleva a lo que yo considero el único enfoque correcto de la cultura, alejado del maniqueísmo y monolitismo (cultura=propiedad y producto de la clase dominante) y profundamente impregnado de un sentido dialéctico y contradictorio, plenamente acorde con la teoría y la práctica de la lucha de clases (*cultura= hecho diferencial contradictorio dialécticamente imbricado las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro de una formación social dada y temporalmente determinada de carácter contradictorio*).

Así puede comprenderse tanto el carácter científico de determinados hechos culturales como el carácter alienante-manipulador de otros; y así también se puede, desde las condiciones actuales, plantearse la posibilidad de una cultura menos aberrante (por la bipolarización élites-masas y el corte cultural entre ellas) que la que se da en la sociedad capitalista, para desde ahí, y en una estructura social radicalmente distinta, fundamentar una auténtica cultura socialista y comunista, es decir, se puede comenzar a sentar las bases de la necesaria e imprescindible revolución cultural. Sólo con este enfrentamiento dialéctico al problema, que debe además trascender al nivel de los hechos concretos, es posible entender el que productos de la denominada «cultura burguesa» (entre las que se cuentan, entre otros, los Marx, Engels, Lenin, etc.), puedan llegar a ser los enterradores de la misma.

Esta breve reflexión permite entrar ya en el tema que se pretende investigar, el de las relaciones entre los intelectuales y el movimiento obrero en la sociedad capitalista madura. Y para ello voy a intentar definir, antes que nada, los puntos generales

en que se apoyan estas relaciones desde la perspectiva de los clásicos del marxismo.

Los clásicos del marxismo

Las relaciones entre los trabajadores intelectuales y el movimiento obrero, y el papel de los primeros de cara al segundo en sus expectativas de cambio social revolucionario, deben ser el producto de una reflexión y un desarrollo: reflexión sobre los cambios producidos dentro de la sociedad capitalista al alcanzar el grado de crisis generalizada en la época de los inicios de la implantación de la revolución científica y técnica; y desarrollo y profundización de las tesis básicas del pensamiento marxista sobre el tema. Dejaré la primera cuestión, la relativa a la estructura actual, para la tercera parte de este trabajo y me centraré ahora en la segunda.

La postura de Marx y Engels

La perspectiva de partida para definir una teoría revolucionaria del papel de los intelectuales en la sociedad actual y futura es la conocida afirmación de Marx y Engels de que *el comunismo es la unión del movimiento obrero con la teoría científica de la sociedad*. Estos pensadores llegaban a esa conclusión, hoy en día un lugar común pero en su época una auténtica revolución, a través de una doble constatación crítica: la de la inoperatividad especulativa de la mayoría de los socialismos utópicos, de base intelectual, y la de la falta de perspectiva y el exceso de espontaneidad de los movimientos obreros iniciales. Se daba, por analogía, una situación idéntica a la que tan certeramente vieron

estos autores en su caracterización de la Guerra de la Independencia española: por un lado, en el Cádiz de las Cortes, ideas sin acción, por otro, en la guerrilla popular, acción sin ideas.

Al preconizar esta unión (que debe hacerse como doble imbricación dialéctica, y no como simple amalgama de compartimentos estancos, aunque no siempre ni por todos haya sido comprendida de este modo) Marx y Engels consiguen, no sólo sentar las bases para la fundamentación científica del movimiento revolucionario (que en cantidad de aspectos llevaron a cabo ellos personalmente), sino también dar un avance decisivo a la fundamentación práctica de la teoría revolucionaria.

Pero, desde lo que aquí nos interesa, se introduce además una nueva dimensión a la producción intelectual: la inserción de ésta en la práctica; y se fundamenta una nueva función del intelectual: su inserción en el movimiento obrero para el cambio social revolucionario. El intelectual puede, por lo tanto, convertirse en la conciencia crítica de la sociedad (en la terminología de Lukács) actuando desde la práctica de la lucha de la clase proletaria. El sistema de pensamiento adquiere de esta forma una nueva dimensión, *no sólo interpretar, sino también transformar el mundo*.

La ampliación de Lenin

El segundo paso clave que da el marxismo para la creación de una teoría y una práctica de las relaciones entre intelectuales y movimiento obrero es la afirmación leninista de que *sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria*. De nuevo esta tesis está lanzada como alternativa crítica a una situación de hecho, el empirismo oportunista (teórico y práctico) de la social-democracia en la época anterior a la revolución del 17. Lenin, frente a esta situación que conlleva a una pérdida en la perspectiva de la toma del poder (en el sentido revolucionario

de palanca para la transformación de la sociedad, algo totalmente diferente a la ocupación del gobierno) pretende una vuelta a las instancias revolucionarias del proletariado apoyada en las tareas concretas del momento; pero la formulación va más allá de todo eso.

Por un lado, su tesis explica perfectamente cómo debe realizarse la imbricación dialéctica teoría científica de la sociedad-movimiento obrero, creando la teoría revolucionaria adecuada a las necesidades del momento. Y por otro, da un paso adelante, el intelectual no sólo criticará la sociedad de su tiempo y lugar dados (es decir, no debe ser solamente la conciencia crítica con una perspectiva global que definía Lukács) actuando desde la práctica de la lucha de clases, sino que debe, a partir de esos presupuestos, participar en la creación de esa teoría revolucionaria (no él, particular y aisladamente, sino como miembro de un colectivo, el movimiento obrero revolucionario, que es quien está verdaderamente capacitado para desarrollar y verificar esa teoría), de donde se deriva su condición de intelectual orgánico (en la terminología y desarrollos gramscianos) del proletariado.

El sistema de pensamiento adquiere nuevamente una dimensión más avanzada. Dado que, desde las posiciones y la lucha de Lenin, que partía de las tesis de Marx y Engels, sin práctica no hay teoría, sólo así puede darse la verdadera medida a su explicitación de que también sin teoría no hay práctica; en realidad, lo que propone es la unión indisoluble de teoría y práctica en un solo momento, el revolucionario, lo cual implica una reordenación total y absoluta del desarrollo del pensamiento y de la acción del intelectual. No se trata ya de interpretar y transformar, sino de *interpretar transformando* y de *transformar interpretando*.

Lukács y Gramsci.

Los antecedentes de la nueva situación

Desde mi punto de vista lo hasta ahora expuesto forma los fundamentos esenciales sobre los que se debe apoyar una teoría actualizada de las relaciones entre los trabajadores intelectuales y el movimiento obrero. Pero existen una serie de pasos intermedios, tanto relativos a esas relaciones que aquí se han tratado, como a la situación social del intelectual, que se verán más adelante. No pretendo extenderme sobre ellos, sino simplemente dar una muestra de su existencia, centrándome en particular en Lukács y Gramsci.

Sobre el primero ya he hablado de la tesis del intelectual como conciencia crítica de la sociedad, que el mismo derivaba directamente de las formulaciones de Marx y Engels aquí expuestas.

Esta tesis, expuesta en sus primeros escritos, fue posteriormente enriquecida y concretada con sus aportaciones para la creación de un frente intelectual antifascista, durante la II Guerra Mundial, y ya al final de su vida, en los sesenta, con la propuesta para la creación de «comités de cerebros» dentro de los partidos obreros de los países capitalistas desarrollados, a fin de utilizar todas las conquistas técnicas de las ciencias positivas y sociales y apoyarse, sobre todo, en los mecanismos de la investigación operativa.

Por otro lado, el mismo Lukács desarrollaba dos conceptos básicos: el acento puesto en el intelectual revolucionario como tribuno del pueblo, y no como burócrata (que es un desarrollo ampliado de la tesis de Lenin sobre los cuadros del partido y su necesaria actuación en esta dirección) y, de fundamental importancia para centrar la problemática del intelectual en la sociedad capitalista y su posible aportación a la revolución, su formulación crítica (y autocrítica) del intelectual como detentador monopolista del pensamiento superior.

Gramsci (de quien también se ha indicado su tesis de intelectual orgánico —aquí expuesta de una forma muy parcial— y su relación con los desarrollos leninistas) no parte, a diferencia del pensador revolucionario húngaro, de desarrollos parciales y paralelos (íntimamente ligados, en muchas ocasiones, a su propia trayectoria personal), sino de una visión integrada y totalizadora, plenamente acorde con las condiciones técnicomateriales y culturales de la época en que fue expuesta, pero que, sin embargo, superándolas ampliamente, puede ser considerada como el antecedente más directo de una teoría actual, en la época del capitalismo maduro. El gran descubrimiento gramsciano es el de ligar directamente el intelectual a la producción material (el ejemplo más claro de esto es su caracterización de Henry Ford como intelectual orgánico del capitalismo de su época) y definir su posición y sus opciones de manera directa a partir de su situación en esa producción, diferenciando claramente entre el intelectual tradicional y el intelectual orgánico.

Es decir, en Gramsci *el momento de la práctica no se relaciona solamente y de una forma más o menos correcta a las categorías abstractas de nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y forma en que se dan las relaciones de producción, sino a la propia materialidad concreta del momento de la producción*; a lo cual, dicho sea de paso, no son ajenos ni Marx, cuando trata en «El capital» y en los «Grundrisse» de la producción intelectual, ni Lenin, en sus estudios sobre Taylor pr **Los trabajadores intelectuales**

Se está ya en condiciones de analizar quiénes forman el conjunto de los trabajadores intelectuales, que en una primera aproximación podrían ser catalogados, en un sentido muy amplio, como trabajadores no manuales. Soy consciente, como ya se ha

indicado, de que todo tipo de trabajo concreto implica un gasto determinado de músculos y cerebro y que, por tanto, todo tipo de trabajo concreto tiene una componente manual y una componente intelectual. A pesar de ello, y sin pretender una delimitación precisa que es, por otro lado, imposible, se puede hacer una clara diferenciación entre uno y otro tipo de trabajo según cual sea la componente (muscular, cerebral) dominante. Pero no creo que esta primera división sea suficiente para una caracterización precisa de los trabajadores intelectuales, ya que dentro de la categoría de los trabajadores no manuales caben la gran cantidad de administrativos hoy existentes (así como vendedores directos y otros, de los que podrían darse bastantes ejemplos) que difícilmente podrían ser catalogados dentro del grupo que se pretende analizar.

Entonces, a partir de esta doble negación (no manuales, no administrativos) se puede dejar centrado quiénes forman el conjunto de capas sociales en estudio; se está, por lo tanto, en condiciones de explorar algunos de sus rasgos característicos y diferenciales.

La primera cuestión que surge en este intento de exploración, siguiendo las argumentaciones dadas en el primer bloque de análisis, es que los trabajadores intelectuales son un *producto y en parte un mecanismo de perpetuación de la división del trabajo*, división que posee unos componentes técnicos innegables (es decir, sin su existencia no hubieran sido posibles los extraordinarios avances de las fuerzas productivas que desde la sociedad de tipo comunista primitivo hasta nuestros días se han dado, estando íntima y dialécticamente interrelacionados estos dos desarrollos, el de la división del trabajo y el de las fuerzas productivas) pero que está totalmente impregnado de componentes sociales (división del trabajo como elemento de explotación, división de carácter clasista, no funcional, y esto porque, ligada como está a las fuerzas productivas no es un hecho abstracto y genérico, sino concreto, que se produce dentro de determinadas relaciones de producción, las cuales son, en una so-

ciudad dividida en clases, relaciones entre clases explotadoras y clases explotadas). Estos dos tipos de componentes, técnicos y sociales, son en cada momento histórico y para cada formación social *indiferenciables*; asimismo, son perpetuamente *cambiantes*, es decir, no son fijos sino que se encuentran en movimiento junto con la propia sociedad. Este carácter de indiferenciación junto con el doble movimiento (división del trabajo y sus componentes y sociedad, esta última como conjunto de las fuerzas productivas y las relaciones de producción) es la que da el rasgo de contradictoriedad del que ya se ha hablado, y que, dadas las condiciones económicas, políticas, sociales e ideológicas de esos intelectuales en el capitalismo maduro, impide cualquier interpretación maniquea y unilateral del problema y permite entrever una alianza revolucionaria entre una mayoría de ellos y el resto de los trabajadores, o bien, dicho de otro modo, una integración de esa mayoría en las opciones revolucionarias del movimiento obrero.

La segunda cuestión es la relativa a la procedencia social del grupo estudiado. Esta ha sido *fundamentalmente burguesa y pequeñoburguesa*, aunque a partir de la Segunda Guerra Mundial, y debido a las necesidades crecientes de trabajadores de este tipo (y sobre todo científicos y técnicos), ya que se está pasando, por parte de los propietarios de los medios de producción, de una estrategia de apropiación de plusvalía absoluta (método en parte ya agotado) a una de apropiación de plusvalía relativa, se comienza a dar un fenómeno de ampliación del origen social, pudiéndose hablar de *doble procedencia, burguesa y proletaria*, a la vez que aumenta la estratificación y parcelación del grupo en estudio. Si el profesionalismo fue, en un principio y durante bastante tiempo, la vía más adecuada para los jóvenes burgueses y, sobre todo, pequeñoburgueses, en su ascenso a las posiciones de los grupos oligárquicos dominantes, hoy en día, y salvo contadas excepciones, ya no es así. En realidad, durante los últimos años, el profesionalismo se ha venido utilizando como vía de ascenso de determinadas capas elevadas del prole-

tariado y los administrativos para sus hijos, pero sobre todo, se ha venido utilizando como un intento de mantener status intermedio, delegados, y de autoperpetuación del propio grupo. Puesto que lo que sí se ha producido de forma permanente, y solamente ahora se está empezando a romper, es el *cuasi monopolio del sistema de pensamiento superior* por el conjunto de capas en estudio, cuasi monopolio que se autoperpetua a través de la herencia; y parece evidente que la lucha por la liquidación de este privilegio, por la ruptura con este monopolio, sea una necesidad fundamental para que se dé en toda su extensión y con todas sus posibilidades la alianza o integración indicada más arriba.

Por otro lado, creo que todo lo hasta ahora visto no es un problema subjetivo (es decir, no es lo que en términos sociológicos se denomina el desclasamiento de determinados, por muchos que sean incluso porcentualmente, intelectuales) sino que, además, obedece a hechos y datos objetivos, que están comenzando a apuntar dentro de un proceso irreversible. Este es el de *proletarización del trabajo intelectual*,⁴ que se produce junto con el de acercamiento hacia un trabajador, científico y técnico, de nuevo tipo. El proceso afecta a una gran mayoría de los trabajadores intelectuales, si bien de forma diferente en función del tipo de trabajo realizado, de sus relaciones más o menos directas con la producción de bienes y servicios, de la tradición de cada una de las profesiones y actividades intelectuales, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en la formación social de que se trate, del nivel alcanzado por la lucha de clases, de la agudización de las tensiones inter e intraclásistas, etc. Es decir, mientras que el proceso de proletarización como tal se da en diferentes grupos de trabajadores intelectuales, en otros sólo

⁴ Por ejemplo, ver el excelente prólogo del Equipo Comunicación a Varios Autores, «La proletarización del trabajo intelectual», Madrid 1974. Existe un intento, a mi modo de ver fallido, de análisis de este problema a partir de los textos de Marx (*Capital y Grundrisse*) en M. Martín Serrano, «Los profesionales en la sociedad capitalista», Madrid 1977.

aparecen indicios y rasgos, más o menos claros, de ese proceso; mientras que unos intelectuales pueden considerarse más como orgánicos, y otros como conciencia crítica o como miembros de un comité de cerebros, etc., en el resto se aprecian más los rasgos de ese trabajador de nuevo tipo del que ya se ha hablado, y por lo tanto, un mayor acercamiento a la clase obrera tradicional, o más exactamente, se aprecian una serie de profundos cambios en la estructura interna de esta última.

Esta tercera cuestión, que está surgiendo como tendencia que caracteriza el futuro y que es la base objetiva más importante para lo que el PCE, en la cita inicial, llama la alianza entre las fuerzas del trabajo y las fuerzas de la cultura, se puede cuantificar por medio de varios indicadores. El primero de ellos es el *extraordinario crecimiento numérico* que se ha producido a partir de los inicios de la revolución científica y técnica, y que se desarrolla junto con ella y de acuerdo al trasvase, ya expuesto, de la apropiación de plusvalía absoluta a la plusvalía relativa. Ahora bien, aunque esos crecimientos espectaculares afectan prácticamente a todas las profesiones y actividades de tipo intelectual, se dan de forma más elevada en unas que en otras, siendo, por ejemplo, más altos en las profesiones científicas y técnicas y en las ligadas a la expansión de los servicios básicos a la sociedad (como la salud y la enseñanza), que en las actividades intelectuales de corte tradicional (artistas, escritores, etc.). Por otro lado, este desarrollo desigual se produce de forma que rompe la organización jerárquica de estos trabajadores (derivada de la organización del trabajo de tipo taylorista) y conduce a otras más funcionales, de forma que, por ejemplo, los crecimientos en las titulaciones y calificaciones superiores son mayores que en las medias

Este movimiento, este crecimiento espectacular, se concreta en la *masificación* (pérdida de especificidades, ultraespecialización, separación de los núcleos dirigentes y de la clase dominante en general, etc.) y en lo que se ha denominado salarización, o más correctamente, el paso a la *dependencia de un sala-*

rio, con sus consiguientes secuelas, principalmente la entrada en un mercado de trabajo que se rige por las mismas leyes que las que operan para el resto de los trabajadores. Por otro lado, y para comprender en toda su amplitud y profundidad el proceso de proletarización o la aparición de algunos de sus rasgos, es necesario considerar también la *concentración en el trabajo* (falta de individualización del mismo, inserción en un equipo, repetitividad e intercambiabilidad de las tareas, etc.) y la *integración, cada vez mayor, en la lucha de clases*, en todos los niveles. Las asociaciones corporativas pierden efectividad, cobrando cada vez más importancia la sindicación; *los problemas derivados del puesto de trabajo comienzan a primar sobre los derivados de la profesión o actividad particular*.

En fin, como última cuestión dentro de esta descripción de los rasgos básicos de los trabajadores intelectuales en el capitalismo maduro es necesario señalar explícitamente, aunque de una u otra manera esté subyacente en toda la exposición, que *no forman una clase social, sino un conglomerado de capas* que poseen como rasgos distintivos los indicados, conglomerado que se encontraba imbricado en la burguesía, de la que procedían sus miembros, y en el que comienzan a darse fuertes rasgos de proletarización, en cuyo proceso están inmersas extensas secciones. Ahora bien, mientras dure la sociedad dividida en clases sociales antagónicas, esas capas de trabajadores se dividirán en una *minoría privilegiada*, defensora de los intereses de la clase propietaria de los medios de producción y de cambio, y de su estado, minoría que forma parte, en unos casos de forma directa y en otros delegada, de esos propietarios, y una *mayoría explotada y oprimida* por diferentes vías y medios: como asalariados, vendedores de su fuerza de trabajo en un mercado, lo cual supone una explotación directa; por medio de la falta de libertades culturales, artísticas e incluso políticas y del sometimiento de todo producto intelectual a las leyes del máximo beneficio ; como ciudadanos por medio de la destrucción urbana y ecológica, de la inflación, de la irracionalidad del consumo, etc.

Intelectuales de diferente tipo

Se han ido viendo una serie de rasgos característicos de los trabajadores intelectuales, pero también se ha dicho que *existen una serie de diferencias, basadas en sus condiciones y situaciones objetivas, que llevan, por un lado, a estratificaciones de tipo jerárquico y clasista y, por otro, a la realización de funciones productivas y sociales claramente distintas; además, esas condiciones y situaciones impulsan actitudes y comportamientos subjetivos también diferenciados y que dependen, en última instancia, del trabajo realizado y de cómo realizan ese trabajo.* En definitiva, existen distintos tipos de intelectuales y por lo tanto es interesante la creación, por poco sofisticada que sea en este primer intento, de una tipología general y básica.

A eso precisamente dedicare esta última parte del trabajo. En sus líneas principales esta clasificación estaría formada por los tres grandes grupos indicados en el cuadro I, artistas, profesionales y asalariados (términos que son utilizados como diferenciaciones a efectos de clasificación) pudiéndose subdividir cada uno de ellos pero siendo, en principio, fácilmente diferenciables.

Los incluidos dentro del encabezamiento general de artistas (escritores, plásticos, etc.) son los que de una forma tradicional han sido identificados como creadores, y dentro de una concepción estrecha y elitista de la cultura, como creadores culturales.

Dentro de este primer tipo, si bien la salarización es muy importante —piénsese, por ejemplo, en los escritores trabajando en editoriales, empresas publicitarias, traductores, etc—., no es sentida como tal, y el trabajo creativo individual, más marginal, es asumido como fundamental. Es decir, *el producto artístico, puesto que se da en la sociedad capitalista, es una mercancía, pero su producción se plantea desde una perspectiva artesanal,*

de este modo la actividad artística (entendida como realización de nivel superior) prima sobre la profesional y laboral, y de esta forma la colaboración con los trabajadores tradicionales y el resto de las capas explotadas, se desarrolla a través del modelo clásico: toma de conciencia y desclasamiento.

CUADRO I		
Trabajadores Intelectuales	Artistas	Novelistas, dramaturgos, etc. Pintores, escultores, etc. Realizadores, cineastas, Intérpretes (cine, teatro, tv.) etc. Otros
	Profesionales	Profesionales liberales Altos funcionarios Altos directivos Filósofos, sociólogos, etc. Otros
	Asalariados	Empresas privadas y pú- blicas Administración del Estado Enseñanza Servicio de la Salud Otros

Serán, si se dan estas dos últimas condiciones y por medio de su trabajo artístico, la conciencia crítica de la sociedad. Pero también esto está cambiando, *la actividad básica es cada vez más la actividad laboral principal y además lo es de forma asalariada*; la masificación también se da, ya que la demanda de servicios de esta clase, debido a la explosión de los medios de comunicación de masas, va en aumento creciente todo lo cual conlleva a que de forma manifiesta surjan organismos de acción colectiva (asociaciones, sindicatos) a la vez que van apareciendo nuevas formas de colaboración con el resto de los trabajadores, sobre todo a través de los movimientos ciudadanos, que son hoy en día (o pueden llegar a ser) una importante punta de lanza antimonopolista y de lucha por la democracia y el socialismo (grupos de teatro con participación colectiva, extensión cultural unida a las luchas concretas, murales colectivos, etc.).

Los componentes del segundo grupo, que he denominado profesionales, son los profesionales clásicos surgidos de la revolución burguesa en su forma moderna. En su mayoría forman parte de las élites del poder, ligados, por lo tanto, estrechamente a los grupos hegemónicos y a la clase dominante en general; son sus intelectuales orgánicos. En algunos casos lo son de los partidos proletarios, procediendo a veces incluso del propio proletariado, y también existen los que poseen la misma condición con relación a las así llamadas clases medias tradicionales, si bien, por la inestabilidad de las capas a las que se adscriben, fluctúan constantemente entre su unión al proletariado y su unión a la burguesía. En parte, sobre todo entre los pensadores y profesionales de las ciencias sociales derivan también hacia situaciones de lo que se ha llamado conciencia crítica, dentro o fuera de los partidos del proletariado.

Y, con la implantación de las técnicas de investigación operativa y del trabajo intelectual multidisciplinario y en equipo, los intelectuales orgánicos se van reorganizando, como señalara Lukács, por medio de comités de cerebros que cumplen, de acuerdo con las nuevas condiciones objetivas derivadas del

avance y progresiva complejización de las fuerzas productivas y de la nueva posición adquirida por el Estado, la función de los anteriores. *En estas profesiones y actividades los procesos de crecimiento y salarización les lleva a engrosar las filas del tercer grupo, por lo que aunque han aumentado (salvo las profesiones liberales) son una minoría.* Su posible colaboración con los demás trabajadores se dará, por lo tanto, principalmente como cuadros y asesores de partidos y sindicatos.

Los trabajadores intelectuales del tercer tipo se han llamado asalariados porque esta situación es su caracterización típica; componen la gran mayoría del conglomerado de capas incluido en lo que el PCE llama las fuerzas de la cultura. Formados por los enseñantes, los trabajadores de la salud, los funcionarios de la Administración, los técnicos y científicos de la producción y de los servicios, etc., son los que, por su número y por ser los más afectados por los cambios irreversibles que están ocurriendo, han sido más estudiados.⁵ Es en ellos en los que se da de forma clara el proceso de proletarización, en unos casos o los rasgos de proletarización, en otros ; en ellos se produce más fuertemente la concentración en el trabajo, la integración entre sí y con los demás trabajadores, la inserción activa en la lucha de clases, etc. Y por eso, en ellos, *la alianza con los demás trabajadores es un hecho más natural* ⁶ *realizándose por medio de la acción conjunta que procede del propio trabajo, como miembros de un colectivo salarial, y más ampliamente del conjunto salarial del país.* En ellos, a medio plazo de forma evidente y desde ahora como única perspectiva de futuro, la forma lógica de asociación es la sindical, porque en ellos de manera

⁵ Como por ejemplo en mis trabajos «El conflicto laboral en profesionales y técnicos», Madrid 1975, «Técnicos, científicos y clases sociales», Madrid 1976 y «Profesionales en el Estado español», Madrid 1977.

⁶ Aunque, y esto no pasa de ser una presunción personal, cuando el PCE lanzó su tesis de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, quizá pensase menos en estas vías naturales y más en las que se realizan a través de los grupos anteriores.

inequívoca los problemas del puesto de trabajo predominan sobre los de su profesión específica.

Nota final

Como una primera conclusión se tendría que la creación de un frente intelectual, que es un paso necesario y paralelo a los parciales ya dados, para la creación de una acción conjunta con los trabajadores tradicionales debe tener en cuenta el conjunto de cuestiones diferenciales aquí apenas esbozadas. Este frente intelectual debería analizar la problemática general de los trabajadores intelectuales, la específica de cada uno de los tres grandes grupos y sus sucesivos subgrupos, y las características comunes, generales y parciales que poseen con la clase obrera y otras capas explotadas, todo ello de todas las formas y con todas las combinaciones posibles. Solamente así será posible llegar a esa acción conjunta y que ésta sea verdaderamente motriz en la transformación revolucionaria de la sociedad.⁷



⁷ La redacción definitiva de este trabajo ha contado con las lecturas críticas de los consejos de redacción de MATERIALES en Barcelona y Madrid y sobre todo con comentarios extensos de Manuel Blanco Aguinaga, Alfredo Tejero y Rafael Argullol. De ellos he tomado muchas correcciones del manuscrito original y algunas aportaciones originales. Lógicamente los defectos existentes son todos míos.